

CLAUSEWITZ EN LA ACTUALIDAD

Antonio Lorenzo Ponce de León
Comandante de Caballería del Ejército de Tierra
Concurrente del XXXI Curso de EMACON.

Introducción

Considerado como el «filósofo de la guerra» por antonomasia, Clausewitz es uno de los escasos pensadores que ha sido capaz de crear una teoría perdurable. Su genial aportación reside en haber sabido realizar un análisis extraordinariamente sagaz del fenómeno bélico.

Aunque condicionado por el periodo histórico en el que vivió, es decir, la Revolución Francesa, la expansión napoleónica y los nacionalismos europeos, el pensamiento de Clausewitz, producto de una verdadera elaboración filosófica, ha influido de alguna manera en todos los ámbitos e ideologías.

Citado con asiduidad, pocas veces leído y mucho menos comprendido, Clausewitz ha encontrado partidarios y detractores en los campos más dispares.

Este trabajo pretende demostrar que, a pesar de los cambios políticos, sociales y tecnológicos acaecidos desde que Clausewitz estableció sus teorías, los planteamientos del general prusiano continúan siendo válidos.

El tratadista y su obra

Reseña biográfica

Aunque de ascendencia polaca, Carl von Clausewitz nació en Burg (Magdeburgo) el 1 de junio de 1780. En el año 1792, ingresó como cadete en el Regimiento de Infantería *Príncipe Fernando*, de guarnición en Postdam. Estudioso de la historia militar y las matemáticas, Clausewitz impartía clases a los oficiales de su regimiento, cuando sólo contaba 20 años.

En el año 1801, y dadas sus especiales cualidades, fue elegido para ser enviado a la Escuela General Militar de Berlín. El entonces director de la Escuela, coronel Scharnhorst, cuyas ideas influyeron notablemente en Clausewitz, apreció pronto la valía del joven oficial y le propuso para ayudante del príncipe Augusto Guillermo.

Tras su participación en las batallas de Austerlitz (1805) y Jena (1806), fue hecho prisionero cerca de Prenzlau y conducido a Soissons, donde permaneció encarcelado durante un año.

En el año 1807, de nuevo en Prusia, fue llamado por el que era ya general Scharnhorst, para que colaborara con él en un ambicioso proyecto de reforma del Ejército prusiano.

Poco después, en diciembre de 1810, se casó con Marie von Brühl, aristócrata que habría de ser su confidente, colaboradora y editora póstuma de su tratado: *De la guerra*.

La alianza entre Prusia y Francia contra Rusia, en febrero de 1812, resultó para Clausewitz un hecho tan ignominioso que decidió, junto a otros oficiales, ponerse al servicio del entonces zar de Rusia, Alejandro I. Esta decisión constituyó un hecho crucial en la vida de Clausewitz.

En marzo de 1813, presionado por los nacionalistas prusianos, el rey de Prusia, Federico Guillermo III, declaró la guerra a Francia. El fallecimiento de Scharnhorst, que había sido herido mortalmente en Lützen, supuso para Clausewitz una pérdida irreparable. Con ella no sólo perdía a su gran maestro, sino también a su mejor amigo. Al finalizar la guerra al año siguiente, Clausewitz se reincorporó como coronel al Ejército prusiano, en cuyas filas serviría posteriormente en Waterloo (1815).

Nombrado director de la Escuela General Militar, en el año 1818, es precisamente en Berlín, donde intentó resumir su pensamiento en lo que sería su célebre tratado: *De la guerra*. Siendo jefe del Estado Mayor del mariscal Gneisenau, antiguo colaborador de Scharnhorst, Clausewitz enfermó de cólera en Breslau y falleció en noviembre de 1831.

Su obra

Sin ser muy extensa, su obra literaria constituye un importante legado que culmina con su tratado: *De la guerra*. Las obras anteriores a ésta son un recopilación de reflexiones donde el autor se va posicionando y componiendo sus propias ideas. Un ensayo acerca de Dietrich von Bülow, su obra: *Principios fundamentales de la dirección de la guerra* y un gran volumen de carácter histórico titulado: *Campañas* precedieron al imponente tratado.

Incluido en la colección *Hinterlassene Werke über Krieg und Kriegsführung* (obras póstumas sobre la guerra y la conducción de la guerra), *De la guerra* constituye la parte más interesante de su obra. En este compendio de ocho libros, que constituye una verdadera elaboración filosófica, el pensador, contrariamente al camino seguido por otros tratadistas militares, pretendió introducirse en lo más profundo de la naturaleza de la guerra.

Clausewitz comenzó a escribir: *De la guerra* en 1819 y, aunque ha llegado a nuestros días completa, el prematuro fallecimiento del pensador impidió que finalizara la revisión que él mismo había comenzado en 1827.

El pensamiento de Clausewitz

De toda la obra de Clausewitz, quizás sea en el tratado: *De la guerra* donde radique la esencia de su pensamiento, y donde sus agudas apreciaciones han mostrado una mayor permanencia. Qué es la guerra, la teoría de la guerra y las relaciones de la misma con la política representan probablemente los pilares del pensamiento del insigne tratadista prusiano.

La naturaleza de la guerra

Clausewitz define la guerra como:

«Un acto de fuerza para imponer nuestra voluntad al adversario.»

Por tanto, los dos elementos esenciales de su definición son: la fuerza, que sería el medio, e imponer nuestra voluntad, que sería el fin. Sin embargo, como Clausewitz afirma, para alcanzar este fin debemos «desarmar al enemigo», y este desarme es, por definición, el fin específico o mediato de la guerra.

Partiendo de esta definición, y haciendo uso de un original método dialéctico, en el que se nota la influencia de Fichte, nos conduce Clausewitz a la distinción que existe entre «guerra absoluta», es decir la teórica, la tratada en el plano filosófico, y la «guerra real», la que realmente tiene lugar. Según Clausewitz, si bien en el campo de lo «absoluto» se tiende a la aplicación de la fuerza sin límites, a medida que se abandona el dominio de lo teórico y se desciende al campo de lo «real», la guerra se acerca aún más a un cálculo de probabilidades, al azar, o a lo que el mismo denomina un «juego de naipes». Clausewitz afirma que el espíritu humano difícilmente acepta ese «esfuerzo máximo», esa fuerza sin límites, y que los condicionantes políticos obran siempre como un contrapeso. Los adversarios no son ya puros conceptos, sino Estados y gobiernos con individualidad definida que introducen los principios que moderan el uso de tal fuerza.

Clausewitz concluye que la guerra, que surge siempre con la política y que se ve influenciada por ella, es siempre un «acto político». Como él mismo apunta:

«La guerra no es algo independiente, es un auténtico instrumento político, una continuación de la actividad política por otros medios.»

Este punto de vista nos muestra como pueden variar las guerras de acuerdo con la naturaleza de los móviles y las circunstancias de las que surgen.

La guerra, por tanto, no es sólo un verdadero «camaleón», por el hecho de que en cada caso cambia en algo su carácter, sino una extraña tríada. Esta tríada la constituyen el odio, la enemistad y la violencia primitiva, que deben ser considerados como un ciego impulso natural; el juego del azar y las probabilidades, que hacen de la guerra una actividad libre de emociones; y el carácter subordinado de instrumento político, que hace que pertenezca al dominio de la inteligencia. El primero de los componentes sería propio de los pueblos; el segundo estaría representado por el talento y el valor del general y del ejército; y, finalmente, los objetivos políticos que pertenecerían sólo a los gobiernos.

La teoría de la guerra

A la búsqueda de una auténtica «teoría de la guerra» que fuese «omnicomprensiva», es decir, aplicable a la generalidad de los casos, dedica Clausewitz su segundo libro. Sobre si debe ser denominado arte o ciencia de la guerra, Clausewitz encuentra que no es fácil explicarlo, ya que la guerra, según él:

«Pertenece más al campo de la vida social, por ser un acto de las relaciones humanas.»

Aceptando, en cualquier caso, que es más propio hablar de arte que de ciencia, e identificando la palabra guerra con combate, Clausewitz define el arte de la guerra como:

«El arte de hacer uso de los medios dados en combate», o lo que el mismo denominará posteriormente la «conducción de la guerra.»

En su intento retrospectivo por definir la teoría de la guerra, Clausewitz rechaza las teorías existentes, pues todas basan sus razonamientos en factores materiales y no morales, y,

sobre todo, porque excluyen la figura de lo que él llama el «genio» de la guerra. Estos factores morales, «impredecibles» según Clausewitz, serían: el sentimiento hostil, la reacción vital y la incertidumbre. La existencia de estos factores «impredecibles» hace concluir al pensador que es imposible obtener una teoría «positiva», es decir, válida para todas las ocasiones. La solución, según él, es desechar el carácter positivo de la teoría, es convertirla en un proceso lógico, a través de la investigación analítica de la guerra. En este sentido Clausewitz insiste en que se debe huir de todo dogmatismo, que los principios y las reglas deben ser el camino, y no el jalonamiento del mismo, que se establece la teoría para encontrar la satisfacción filosófica de pensar, y no para hallar una fórmula algebraica.

Análisis

Es indudable que el mundo asiste actualmente al comienzo de una nueva era. Una era que, al estar caracterizada principalmente por la influencia del desarrollo político, tecnológico y social, contempla el fenómeno bélico de un modo diferente. Teniendo en cuenta esta premisa, la cuestión clave consiste en saber si, a pesar de las transformaciones habidas en estos dos últimos siglos, los planteamientos de Clausewitz continúan aún siendo válidos.

El aspecto político

Como ya se ha indicado, una de las constantes consideradas por Clausewitz es la naturaleza política de la guerra. En este sentido, la descripción que hace Clausewitz de la guerra, identificándola como «la continuación de la política por otros medios», es bastante bien conocida, pero a menudo se ha malinterpretado la misma.

Parte de esta confusión proviene de la ambigüedad del concepto *politik* que utilizaba el pensador. Para Clausewitz, el término *politik* sería una combinación de elementos tanto subjetivos como objetivos. Si los primeros están relacionados con la elección que deben hacer los políticos sobre el tipo de guerra a emprender y los objetivos a conseguir, los últimos, lo que él llama «fuerzas políticas», estarían representados por las emociones, las ideas dominantes y las interrelaciones políticas, que, a diferencia de los primeros, son exclusivas de un tiempo y un lugar. De hecho, el uso que hizo Clausewitz de esta palabra demuestra que llegó a identificar la política hasta con tres conceptos diferentes. Es por esto, y porque su pensamiento estuvo sometido a una constante evolución, por lo que la comprensión profunda del mismo requiere no sólo la lectura de su tratado: *De la guerra*, sino también la del resto de sus trabajos históricos y políticos.

Por otra parte, la eterna lección de Clausewitz, es decir, la subordinación de la guerra a la política y la influencia de las «fuerzas políticas» en la propia guerra, se puede considerar en la actualidad totalmente válida.

Como algunos coinciden, los acontecimientos que sucedieron a los dos grandes conflictos mundiales de este siglo pusieron otra vez de actualidad el pensamiento de Clausewitz. Pero no porque se hubiesen respetado sus principios al pie de la letra, sino por todo lo contrario, es decir, por el hecho de no haber seguido los postulados «clausewitzianos».

Las guerras de Indochina, Corea o Vietnam no fueron una excepción y constituyeron, una vez más, duras lecciones para aquellos que habían pretendido acabar con Clausewitz.

Las máximas como que «la guerra está subordinada a la política», o que «hay un punto en la victoria que no conviene rebasar», fueron este caso completamente ignoradas.

Del análisis de un conflicto como la guerra del golfo Pérsico se puede deducir que las ideas de Clausewitz continúan siendo válidas. Si bien en las guerras asiáticas faltó una definición clara del objetivo político, en este conflicto todo fue distinto. En esta ocasión, tanto el objetivo político como la situación final deseada estuvieron perfectamente claros desde el principio. Los políticos dejaron la parte técnica en manos de los militares, pero no perdieron en ningún momento el control de la situación. Como Clausewitz defiende, la guerra es política, y no tiene otra naturaleza ni más finalidad que la de ser un instrumento de ésta.

Por último, a la pregunta sobre si serán aplicables los axiomas «clauswitzianos» al conflicto de la antigua Yugoslavia, la respuesta es que muy probablemente así será.

El impacto tecnológico

Como ya se ha dicho, la tríada: violencia, incertidumbre y política, representa para Clausewitz el marco básico para el entendimiento de la naturaleza variable y compleja de la guerra. Aunque algunos han querido añadir la tecnología a esta tríada, convirtiéndola en un cuarto componente, se puede afirmar que el progreso tecnológico no altera el modelo «clauswitziano» de la guerra. El progreso tecnológico afecta sin duda a la «gramática» de la guerra, pero no a su «lógica». En otras palabras, las nuevas tecnologías «modelan» las guerras, pero en absoluto su naturaleza.

Por otra parte, los avances tecnológicos en el campo de la información obligan a procesar más cantidad en menos tiempo, pero esto no cambia el hecho de que los gobernantes tengan que decidir cuándo, dónde y cómo aplicar la fuerza. Las decisiones, en cualquier caso, se verán «modeladas» por lo que Clausewitz denominó las «fuerzas políticas», pero no por la tecnología.

Ni siquiera el desarrollo del armamento nuclear ha supuesto la superación del pensamiento «clauswitziano». Su afirmación de que «la guerra es la continuación de la política por otros medios» sería tan válida en un conflicto nuclear como en uno convencional. La propia evolución de la estrategia nuclear muestra claramente como la política afecta a la guerra. En contra de la opinión de muchos, el armamento nuclear no convierte en irrelevantes ni el «raciocinio» de los gobernantes, ni el «talento» de los militares, ni tampoco la «fuerza emocional» de la sociedad.

Como algunos vaticinan, es probable que del «desequilibrio cuantitativo», preconizado por Clausewitz, se esté derivando al «desequilibrio cualitativo» (producto de un mayor desarrollo tecnológico), aconsejado por Liddel Hart. Sin embargo, esta realidad, no siempre cierta, prueba que la guerra tiene su dinámica y sus propios principios, y que no se puede pretender ignorar una u otros para invalidar una teoría.

El factor social

Uno de los factores utilizados por aquellos que defienden la obsolescencia del pensamiento «clauswitziano» es el que viene definido por una general actitud social contraria al fenómeno bélico. Esta cuestión, ya histórica, se ha simplificado hasta el extremo de esta-

blecer una relación causa-efecto entre los conceptos ejército y guerra. La consideración de que los ejércitos son los provocadores de las guerras, así como contraponer la guerra como antítesis de la paz, no sólo es contraria a la experiencia histórica, y por tanto de nulo valor científico, sino que es discutible desde muchos puntos de vista.

Basándose en el temor que infunden los arsenales nucleares, un amplio sector de la sociedad actual se pregunta si la guerra constituye un recurso «racional» para resolver cualquier conflicto. En este punto cabe decir que el pensamiento de Clausewitz no insiste, en ningún momento, en que la guerra sirva a un objetivo político puramente «racional», y que la definición de este objetivo políticamente «racional» es, en cualquier caso, bastante subjetiva.

En el año 1958, Fritz Sternberg, autor seguido por algunos críticos de Clausewitz, afirmaba:

«Las máximas de Clausewitz eran válidas cuando las guerras, aunque podían poner en peligro la sociedad, no la sacudían hasta las raíces; es decir, cuando los países beligerantes eran capaces de controlar no sólo el principio de la guerra, sino también su curso posterior...»

Aunque entonces y ahora el deseo de vivir en paz podría llevar a suscribir tal afirmación, cualquiera que haya comprendido a Clausewitz dudará de la validez de la misma. Lo que realmente inspiró a Clausewitz fue el hecho de que las guerras napoleónicas, las que él estudió y en las que participó, «sacudieron la sociedad hasta las raíces», no limitándose a «ponerlas en peligro».

En contra de la opinión de aquellos que afirmaban que tras la Segunda Guerra Mundial el pensamiento de Clausewitz había perdido toda su vigencia, se puede afirmar que sus razonamientos sobre el fenómeno bélico, que se basan en la adhesión «social» al mismo, es decir, en la naturaleza «social» de la guerra, tienen actualmente plena validez.

Conclusiones

A pesar de las críticas de aquellos que han argumentado lo obsoleto de sus teorías, el pensamiento de Clausewitz se ha mostrado perdurable. Probablemente esto se ha debido a que Clausewitz, en su afán por descubrir las raíces más profundas de la guerra, se elevó al nivel filosófico del conocimiento, es decir, se atrevió a «filosofar» sobre lo bélico y se convirtió de esta forma en el «teórico de la guerra» por excelencia.

Tildado de ambiguo, y con frecuencia incomprendido, es en el campo de lo «político» donde Clausewitz ha mostrado una mayor vigencia. En concreto, su teoría sobre la naturaleza política de la guerra representa una de sus más interesantes aportaciones. Clausewitz demostró con ejemplos históricos cómo la política, que está intrínsecamente compuesta de elementos subjetivos y objetivos, «modela» las guerras, pero la naturaleza profunda de éstas se mantiene invariable. Máximas como que «la guerra no es sino la continuación de la política por otros medios», o que «la guerra está subordinada a la política», constituyen algunos de sus más conocidos axiomas y están plenamente vigentes.

Mientras muchos de los críticos han pretendido inútilmente acabar con Clausewitz, aprovechándose de los trágicos resultados de los dos grandes conflictos mundiales de este

siglo, lo cierto es que en el conflicto del golfo Pérsico la aplicación de los postulados de Clausewitz ha demostrado que sus teorías no estaban tan anticuadas.

Los argumentos de aquellos que defienden actualmente el predominio del «desequilibrio cualitativo», producto de la supremacía tecnológica, sobre el «desequilibrio cuantitativo», preconizado por Clausewitz, no invalida en absoluto su célebre tríada: violencia, incertidumbre y política. Al contrario, la realidad ha probado en muchas ocasiones, incluso en plena era nuclear, que la propia tecnología reside de alguna manera en los componentes de la tríada, sin alterar en modo alguno su interacción o interdependencia.

Otra de las constantes «clauswitzianas», la naturaleza social de la guerra, es decir, la «adhesión social» al fenómeno, se ha convertido también en un elemento de controversia y debate. La argumentación crítica, que consiste en considerar a todos los ejércitos responsables de las guerras y en contraponer a la guerra como antítesis de la paz, ha demostrado ser contraria a la realidad histórica, y, por tanto, de nulo valor científico.

Se concluye para finalizar, que resulta paradójico constatar como al cabo de los años, y pese a los intentos de algunos por enterrar definitivamente a Clausewitz, los planteamientos del genial «filósofo de la guerra» recuperan su vigencia, una y otra vez.